

El Clamor

ANUNCIOS Y COMUNICADOS

A precios convencionales
SE PUBLICA TODOS LOS SÁBADOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Un trimestre 1'00 peseta Número suelto 5 cénts.
Un año 4'00 Id. atrasado 10

PAGO ADELANTADO

TODA LA CORRESPONDENCIA
al «Sr. Director de EL CLAMOR»
PALMA DE MALLORCA

Debido á la premura de tiempo con que tuvo que ser confeccionado, el anterior número de este semanario salió plagadísimo de erratas de imprenta; faltas que, en atención á lo expuesto, creemos nos perdonarán nuestros amables lectores.

Del mal menor

Muchas veces, lector, habrás hallado en el camino de la vida pública hombres que militan en partidos y sectas á donde parece que no los debiera llamar sus gustos, sus ideas religiosas, sus costumbres y sus antecedentes.

Y si tratáis de ahondar en los motivos ó razones que puedan tener para estar donde están, y no donde debieran, es seguro que se disculparán con la consiguiente muletilla.

—Yo, por evitar males mayores...

Así, vemos á un señor, que en conversación particular se muestra tan adversario del liberalismo como nosotros, figurar en un partido liberal más ó menos radical, más ó menos conservador; pero liberal al fin. Y cuando amablemente le pedís cuentas, y os asombráis de que quien de tal modo piensa privadamente, viva metido en un partido donde caben hasta los masones, os responderá con voz trémula:

—Ya ve amigo. Yo estoy en este partido liberal por evitar... Así servimos los más reaccionarios de contención á los más avanzados del partido, y éste no se extralimita.

Encontrareis tipos así en el partido liberal, en el demócrata y hasta en el republicano.

Uno de los amigos de Canalejas decía ha poco tiempo ante varios oyentes: Si los que esta-

mos en este partido pensando como pensamos en materia religiosa, nos fuéramos de él, quedarían únicamente los radicales é impíos, y entonces vendrían mayores medidas de persecución contra la Iglesia. Nosotros—añadía—estamos dispuestos á evitar con nuestra frialdad y nuestras reservas que este Ministerio demócrata ponga á votación ningún proyecto de ley. Si no fuera por nosotros...

Y avanzando más, hallarás, lector amigo, hombres que pertenecen á los partidos liberales y republicanos más avanzados, y que, según ellos, están en tales agrupaciones haciendo un gran bien á la causa del orden social, porque—dicen—que si se fueran, vendría el caos en España.

Todos salen con la misma contestación cuando se les echa en cara que viven en partidos donde no encajan.

—Ya ve usted, yo, por evitar...

Nosotros, salvando excepciones honrosas, creemos que los tales señores viven afiliados á tales partidos porque ese es su gusto, y esas sus inclinaciones. Además, en los partidos y grupos turnantes disfrutan de posiciones oficiales que dan lucro ú honores mundanos.

Todo eso que dicen, son, pues, excusas para cubrir sus actos, porque les da alguna vergüenza el presentarse al público sin careta.

Cuando vemos hombres de esa naturaleza no podemos menos de exclamar: Pero, señor, si es cierto que ustedes están en el partido liberal ó en el conservador ó en el republicano por evitar males mayores, ¿no sería más práctico que todos los hombres de buena voluntad abandonasen tales partidos y se incorporaran á uno verdadera-

mente sano para trabajar en él contra todo lo malo?

¿No sería mejor que se uniesen todos los buenos para luchar contra todos los malos?

Esto es lo que aconseja el buen sentido.

Pero la vida humana, desgraciadamente, no siempre se rige por el buen sentido, sino por el camino de las concupiscencias, de la ambición de mando, de bienes materiales, de vanidades efímeras.

Lector; cuando oigas á un hombre que, no sintiendo interiormente los amores á un ideal político vive en sus filas y hace su política, decir que así obra «por evitar», desconfía de él para siempre.

Es un enmascarado que puede ser peligroso...

M.

PELÍCULAS

La marcha del reptil

Vázquez Mella nos ha hablado de un reptil simbólico, que quería morder el corazón de Cristo agonizante.

El Crisóstomo de la Edad moderna lo ha sorprendido en sus meditaciones hondas, enroscado á la realidad política y social, y nos lo ha pintado después de una lucha enconada, quizá personal, con el monstruo.

Y entre rasgo y rasgo, y á vuelta de un apóstrofe, señala con pinceladas de maestro la situación que el mundo ocupa en el cuadro. Es desoladora. Aparte del silencio, que envuelve y oculta á la porción de electos que braman encoerajinados ante tamaña profanación de los divinos funerales, todo es negro en él. Desde la malicia refinada, desde la perfidia artera, hasta la traición y el disfraz armado, todo conspira contra la Víctima enclavada.

Unos piden que muera.
Otros dictan la sentencia.
Y unos terceros, mil veces peores que los demás, dejan que la sentencia se ejecute.

—El reptil debe subir.
—Puede subir el reptil.
—No debemos impedir que suba el reptil.

De esta manera está dispuesto el

cuadro. Así está expresado su argumento.

No se necesita poseer la virtud intelectual del gran tribuno para hacer en un momento una reproducción plástica en el plano de nuestra política.

Sin fondo ninguno, sin ninguna prevención, acudirán á nuestra obra figuras espontáneas, como tocadas al vivo de su conciencia, como impulsadas por la misma fuerza de la exactitud.

La pintura del coloso de la elocuencia encierra una revelación y una enseñanza. La revelación, la entienden todos. La enseñanza, muy pocos.

Tenemos más blanda la imaginación que el entendimiento. Nos aprueban en la teoría para colgarnos en la práctica.

El reptil, después de la lucha desesperada, seguirá su marcha como antes, hacia el corazón de Cristo, entre las imprecaciones de unos, entre las condescendencias de los otros, entre el silencio desolador de aquellos.

No habrá ni un paso atrás. La fuerza reflexiva no alcanzará en nosotros lo bastante para tenerlo en cuenta cuando sea preciso.

Ni el populacho, ni Judas, ni el pretorio.

Todo es igualmente abominable. Las entrañas de Cristo no deben ser profanadas...

¿Quién *obstruirá* la marcha del reptil?

CINECO.

Homenaje

á las minorías tradicionalistas del Congreso

Conforme prometimos á nuestros lectores, honramos hoy estas columnas comenzando á publicar el elocuentísimo discurso pronunciado por el verbo de la tradición, Sr. Vázquez de Mella.

Al levantarse á hablar el Sr. Vázquez de Mella es objeto de una prolongada ovación.

El señor Vázquez de Mella: Os ruego un momento de silencio.

No tengo la voz ni la elocuencia de mi amigo el Sr. Senante, y voy á tener que hacer un esfuerzo hercúleo para que mi palabra llegue á todos los ángulos del salón.

Para eso os pido la cooperación del silencio, pues sin él me será imposible, por muchos esfuerzos que in-

tente, que mi voz débil llegue hasta los últimos extremos y alcance á todos los que componen esta importante asamblea.

Yo agradezco, en nombre de todos mis amigos y compañeros, esos aplausos, á veces excesivos, por el ruido que producen. Agradezco todos esos aplausos, no como símbolo y expresión de un lauro con el cual se viene á coronar nuestras frentes después de una gloriosa victoria, sino como estímulo y recompensa á la guerrilla afortunada que ha tenido la suerte de cambiar los primeros tiros con el adversario antes de la batalla en que todos debéis que tomar parte.

Por los lauros, estos entusiasmos, nosotros, no debéis tenerlos y recibirlos sólo las minorías tradicionalistas que acaban de combatir en el Parlamento; yo creo que debe compartirlos mayores, una persona que está ausente de aquí, el Sr. Canalejas, que es el autor indirecto de esta gran manifestación. (Aplausos.)

Si el proyecto de unión de las fuerzas católicas que él acarició en tiempos del Cardenal Cascajares no lo pudo realizar entonces, con la ley del "candado," y con las que prepara, la ha realizado ahora, y es que las uniones no las hacen los jefes, las uniones no las hacen los amigos, las uniones las hacen y las imponen los adversarios. En vano será que se escriban folletos y libros y artículos, como decía el Sr. Senante, y yo añadiré que más en vano será que se escriban pastorales pidiendo la unión de los católicos. (Grandes aplausos.)

No hagáis como las mayorías liberales del Parlamento, que no dejan concluir un período ni un argumento, y os suplico esperéis su término. Digo que ni con folletos, ni con artículos, ni con discursos, ni aun con pastorales, se consigue la unión de los católicos. ¿Por qué? Porque esa unión, como todas en la historia, se han fabricado, no simplemente con afirmaciones positivas, sino con afirmaciones que, en cierto modo, aunque la frase choque, pueden llamarse negativas. Necesitan un objetivo común contra el cual hayan de luchar, y ése solo le puede poner el adversario.

Por esa razón, el campamento de los Cruzados puede estar dividido, puede haber entre ellos disputas, no acerca de la táctica y de los prestigios de los jefes, sino hasta sobre la pureza misma de la bandera, y sobre quién ha de remolar la enseña; pero esas disputas acaban cuando, aprovechándose de ellas el enemigo, lanza proyectiles, sobre ese campamento. Entonces, como si una voz secreta, la voz del deber, resonara en todas las almas, los soldados cesan en sus discusiones y disputas, se aperci ben al combate y empiezan á hacer fuego contra el enemigo común que les hiere, y cuando vuelven los ojos advierten, por la dirección de los proyectiles, por la parábola que ellos describen, que se inicia un círculo que después cierra el amor y hasta el instinto de conservación en las almas, formando ese verdadero núcleo de fuerzas que, teniendo un objetivo común y un enemigo común que les hieren, cesan en sus disputas para no vivir más que bajo una misma bandera y bajo una misma dirección. (Aplausos.)

Nosotros estamos realizando hoy esa magnífica unión de las fuerzas católicas, como decía el Sr. Senante,

esencialmente antiliberales, y lo hacemos en un momento precioso de la política española, y aún diré más, de la política latina y del jacobinismo que impera en los Estados modernos, singularmente en los degenerados pueblos latinos.

El liberalismo que anatematizaba tan brillantemente el Sr. Senante, tiene dos épocas: en la primera, que pudiéramos llamar la época del torneo, se presentaba con unos atavíos y formas muy diferentes de esta segunda época, que pudiéramos llamar la época del calabozo. El primer período, era el período romántico, en el cual el liberalismo quería un Estado neutral que no fuese más que como una reina del torneo, en donde se partía por igual el sol, el suelo y las armas, y donde acudían todos á combatir en libre y en generosa competencia. La reina del torneo no descendía de su solio ni se rendía ni se inclinaba ante las huestes combatientes, más que para poner en el pecho del triunfador el premio y el galardón. Esa era la primera época, la etapa romántica, la en que iban á luchar todas las fuerzas en libre competencia y en que los Estados se cruzaban de brazos y eran la neutralidad concentrada en las alturas y en las cimas del poder. Pero eso de que todavía algunas ánimas benditas de la política crean que era un programa, no era más que una escalera de mano para alcanzar el poder, de cuya escalera se despojan cuando han llegado á la cumbre, cuando por la escala de la tolerancia primero, de la libertad, después, y del monopolio por último, se ha llegado á la cima del poder, el Estado ya no apela á esa neutralidad; el Estado torneo, se convierte en el Estado calabozo; el Estado persecución, en el Estado ergástula, en tiranía. (Aplausos.)

Todavía siguen hablando de las libertades; pero ya no es la libertad igual para todos. Hablan de la libertad de cultos, y cuando no los hay, los inventan, contra el culto católico; hablan de la libertad de enseñanza, pero contra la enseñanza de la Iglesia en las escuelas, contra la enseñanza de las Universidades, para arrojar á Cristo de la cátedra, lo mismo en la Universidad que de aquellos primeros magisterios en que ha de prolongarse la familia y ha de desarrollarse el alma del niño; y después pedirán la libertad de asociaciones, pero contra las Asociaciones religiosas, ¿por qué?

Porque ha llegado la segunda etapa, que obedece á una ley ineludible de la naturaleza humana. No es posible la tolerancia con aquello que se combate; y ese Estado, que apelaba á la imparcialidad y á la neutralidad, aun cuando dade, no consiente que se ponga en litigio su duda, y como niega, no consiente que se ponga en litigio su negación, por lo cual dice: quiero secularizar la sociedad; prueba que la sociedad no está secularizada, y, por lo tanto, es creyente. ¿Es creyente? Pues si lo reflejara, lo sería más. ¿Ella es creyente y quiere secularizarla? Entonces hay una antítesis entre la sociedad y el Estado; el Estado no es luna que refleja, sino que se quiere convertir en sol que irradia; ya no es copia, quiere ser original, y es el Estado dueño y señor, que quiere transformar á imagen suya la sociedad entera; es que aquel movimiento diurno que tiene el planeta se quiere convertir á un

tiempo mismo, confundiéndole con él, en el movimiento de traslación, porque hay dos órbitas políticas, como hay dos movimientos astronómicos.

La sociedad, es la antigua jerarquía y en el mundo antiguo, era como el sol, y el Estado, parte suya, giraba en torno, describiendo su órbita, y ahora se quiere, volviendo á la vieja astronomía, en nombre de un derecho nuevo, que sea la sociedad la que gire alrededor del centro del Estado, convertido en centro de un sistema planetario político. (Grandes aplausos.)

Así, del Estado torneo, se ha venido á parar al Estado calabozo; del Estado tolerante que proclamaba la libertad de todos y en todos, al Estado perseguido que no proclama más que la suya enfrente de todos los que la niegan, y de esa manera hemos llegado ahora, como habéis visto, á que los menos impongan á los más, en nombre de la libertad de todos, una ley de limitación primero y de proscripción después. Y en presencia de esta tiranía que amenaza con subvertir todo el orden social, ¿qué hemos de hacer nosotros? Señores, mirad bien los caracteres de la política presente, miradlos bien, y no tenéis más que fijar en ellos los ojos y cotejar aquellos caracteres con los de la política de los Estados que caen al otro lado del calvario, para ver que los que pregonan el progreso y civilización modernas y tienen un anatema para todo lo antiguo y arcaico todos esos están haciendo revivir ante nuestros ojos una civilización verdaderamente pagana que trata de volver á la sociedad con un salto atrás de veinte siglos al otro lado del Gólgota.

Fijaos bien en que los caracteres de la sociedad pagana eran tres. La civilización pagana estaba fundada sobre estos tres principios que constituyen sus caracteres. La confusión de la potestad religiosa y de la potestad civil en una sola entidad, que era la que constituía el cesarismo, para que pudiera tiranizar á un tiempo los cuerpos y las almas; la negación de la libertad y de la igualdad, por consiguiente, de la fraternidad humana con la esclavitud, las castas y con el destino que imperaba rigidamente sobre todas las conductas individuales y colectivas del mundo antiguo, y al mismo tiempo la subordinación, ó mejor diré, la confusión de la soberanía política del Estado con la soberanía social, y estas tres confusiones, la identidad de la sociedad con el Estado, la negación de la libertad y con ella la de todo orden moral y la confusión de las libertades, revive y es la encarnación, la fórmula del derecho nuevo, siendo esto, por lo tanto, un paganismo post-cristiano, con apostasía después de haber conocido á Jesucristo, el que revive como fórmula del progreso para que sea característica hasta la fórmula que lo expresa en el mundo moderno. (Muy bien. —Grandes aplausos.) ¿Creéis que será el paganismo, redivivo de nuevo, más afortunado que el antiguo y que podrá perecer la Iglesia católica en esta lucha? Fijaos bien en los términos, que son hoy los términos supremos del combate.

No combatimos sólo como una religión contra aquello que la niega, porque el catolicismo no es una religión meramente abstracta, ni se expresará nunca por un conjunto de relacio-

nes del hombre con Dios á la manera protestante que puede ser interpretada libérrimamente por la voluntad del sentir humano. No; desde el momento en que esas relaciones objetivas y trascendentes que ligan al hombre con Dios estuviesen sujetas á su albedrío y al poder de su razón, los términos de ellas lo estarían también, y no habríamos hecho más que poner la razón finita del hombre sobre la razón infinita de Dios y haber sublimado por medio de una verdadera egolatría del hombre como centro de toda divinidad y usurpando la divinidad con la tiranía; no, esas relaciones objetivas y trascendentes que ligan al hombre con Dios, teniendo un órgano esencial en la Iglesia católica, que por eso la Iglesia es, no tan sólo la religión, sino una civilización entera, y no se puede ser católico meramente sólo en la esfera religiosa, y dejar todas las otras para el libre albedrío del arbitrio humano. El catolicismo forma un sistema completo, porque es la expresión en el mundo de la verdad absoluta, no de la verdad mutilada, y por esa razón somos católicos en religión y tenemos que serlo también en filosofía, en arte, en sociología y en política. No se da una soberanía religiosa y social de Jesucristo que pueda imperar en la vida doméstica, y que después, al salir á la calle y á la plaza pública, haya de sufrir. (Estrepitosos aplausos.)

Ese catolicismo mutilado, que no tendría inconveniente en admitir la soberanía individual y aun la doméstica de Jesucristo, con tal que no se le obligase á reconocer la social y sobre todo la política, ese catolicismo mutilado no es un catolicismo, no es más que un protestantismo, más aún, un racionalismo disfrazado. (Aplausos.)

Por eso, nosotros, al formar este núcleo de fuerzas católicas que pelearon juntas en las pasadas elecciones, que tomaron parte en las gloriosas y espléndidas manifestaciones del 2 de Octubre y que batallaron juntas en el Parlamento, no admitimos mutilaciones, y aceptamos en toda su integridad la bandera católica y los derechos de la Iglesia y no tememos por la suerte de ella, porque hay católicos tan singulares en estos tiempos, que parece que defienden á Jesucristo y aun salvan á la Iglesia, á su parecer, con sus habilidades, y hay algunos que temen que la Iglesia vacile, que el Pontificado se quebrante, que sufra quebranto y merma, no sólo en sus derechos y en su propia existencia, si ellos, tan hábiles y tan prudentes, con los recursos de su singular diplomacia, no vienen en ayuda de Jesucristo y de su obra. (Grandes aplausos.)

Nosotros que profesamos el principio expresado tan gráficamente en el apotegma popular, que dice: «A Dios rogando y con el mazo dando»; nosotros, que creemos que tenemos el deber imperioso, no por salvar la Iglesia, que no ha de perecer aunque le falte nuestro esfuerzo, sino por salvarnos á nosotros mismos y á nuestras conciencias; nosotros que creemos que es necesaria, si, la cooperación social y la cooperación política más vigorosa y enérgica para la defensa de las prerrogativas de la Iglesia; pero no creemos que ella pueda vacilar ni tenemos aquellos terribles pesimismo de los que sólo fían á los recursos de su

habilidad y de su diplomacia para que se mantenga firme como un altar iluminando al mundo. Y es que nosotros sabemos cuál es el proceso histórico de la Iglesia católica; vosotros, como yo, le conocéis, y vosotros, como yo sabéis cómo ha aparecido y cómo se ha desarrollado y cómo brilla a la hora presente en la historia.

Señores, cuando se mira desde el punto de vista más elevado, que es desde el que se abarca bien el círculo que van describiendo los sucesos en la Historia, los partidos y las sectas que combaten en la hora actual la Iglesia católica; cuando se los mira en detalle y se los abarca en conjunto con una mirada sintética, y después la mirada se convierte a la Iglesia misma y se observa, por decirlo así, su proceso histórico, el ánimo se fortifica, aun mirándolo simplemente con ojos naturales, aun mirándolo simplemente como una escuela filosófica social y política que resplandece en el mundo, enseñando una doctrina vivificante que ha penetrado todas las sociedades y de la que viven hoy hasta los estados que la niegan. La Iglesia católica es tan extraordinaria, y se manifiesta de tal manera, que yo me admiro que hasta los mismos impíos, hasta los que la odian con un odio verdaderamente satánico, no la hayan visto pasar por la Historia.

Aquella conjuración de que hablaba José de Mestre, de la Historia contra la verdad, ha llegado a nublar tantos entendimientos y ha llegado a torcer tantas voluntades, que sólo así se explica que quien tenga en la mente algo de llama intelectual que le haga ver las cosas desde un punto de vista elevado, y quien tenga en el corazón siquiera un sitio adonde pueda llegar la luz del arte, no se concibe que al verla pasar en la Historia no se rinda ante ella y no le ofrezca en pleitesía el homenaje de su más completo acatamiento.

La Iglesia católica aparece en la cumbre del Gólgota como una mirada triste y melancólica del Redentor agonizante; es como una luz esplendorosa en el Tabor. Aparece como una llama que baja desde la altura en el Cenáculo y después parece que se esconde y que brilla como una lámpara misteriosa que oscila sobre los sepulcros ensangrentados de los mártires enterrados en las catacumbas, logrando apenas que su luz atraviese las grietas y llegue a iluminar el suelo tiranizado de Roma.

Pero tan pobre, al parecer tan humilde esa luz, parece como que se condensa un día y es grabada en el sol la Cruz que ven absortos los ojos de Constantino cuando ya se eleva como un lumínar espléndido sobre el Capitolio humillado y vencido, y esa Iglesia, cuando el imperio se desmorona y se deshace, entre los escombros amontonados, entre las nubes de polvo levantadas por las hordas de los bárbaros, aparece como una aurora sobre un mundo desquiciado. No hay allí orden ni concierto; ha caído el imperio; las hordas bárbaras le han deshecho; pero vamos a asistir como a una nueva creación porque esa aurora se convierte en sol y fecunda una nueva sociedad y una vegetación no conocida de instituciones que la antigüedad ignoraba, y cuando esa sociedad llega a tomar asiento y los pueblos dispersos de Europa llegan a ordenarse en clases

y jerarquías, entonces el lumínar espléndido que brilla en el cenit de la civilización filtra algunos de sus rayos al través de la misteriosa ojiva y cae sobre las almas escogidas, y es entonces cuando una aristocracia de corazones de todo linaje humano enciende aquellas hogueras misteriosas que elevan sus llamas hasta el cielo, y es cuando en el itinerario de San Buenaventura, en el canto al sol de San Francisco, cuando en el sublime *Stabat Mater* del poeta del dolor amante, se encienden aquellas hogueras en que no se sabe si son llamas que ascienden del corazón humano hacia Dios, ó resplandores divinos. (Grandes aplausos.)

(Se continuará)

El triunfo del huelguista

—Hemos, al fin, triunfado, Carmela.
—¿Qué dices, Antonio?
—Que mañana se reanuda el trabajo. Los patronos se han rendido á los pies del pueblo obrero.

—No puedes figurarte lo que esto me alega. Tantos días de paro me asustaban y traían muerte de cavilaciones.

—Tranquilízate, pues; el sábado te traeré veintiuna pesetas, es decir, seis más que hasta ahora.

—Buena falta me hacía, porque debo en el horno y en la tocinería; tengo á Pedrito descalzo, y Rosita está enseñando las carnes por las aberturas de la faldita.

Reanudóse el trabajo al siguiente día, como dijo Antonio; los obreros se felicitaron por su constancia y solidaridad, y al terminar la semana los patronos pagaron los jornales con el aumento convenido.

—Aquí tienes las veintiuna pesetas, Carmela; paga lo que debas y compra lo que te haga falta.

—Así lo haré, Antonio; pagaré al casero, al panadero, al tocinerio y le compraré una faldita á Rosa y unos zapatos á Pedrito. Las deudas me apuran y el dinero me quema las manos.

Carmela lo hace como lo tenía pensado, que es buena mujer y nada tiradora.

—Don Carlos, vengo á pagarle la casa.

—Ya se pasaban los días.

—Pero ya usted veía que Antonio estaba parado.

—Sí que lo veía y por eso os he esperado.

—Muchas gracias, don Carlos. Tome las 15 pesetas del mes vencido, y hasta el que viene.

—Muy bien, Carmela.

—Adios, don Carlos.

—Mujer, aguarda... Me sabe muy mal el decírtelo, pero es preciso... me fuerzan las circunstancias... se están poniendo fan mal las cosas...

—¿Qué quiere decirme usted, don Carlos?

—Pues eso, que desde hoy aumento en diez reales el alquiler.

—¡Don Carlos!...

—Lo hago con todos los inquilinos.

—¡Y cómo se acuerda usted ahora!...

—Hija, uno no quisiera, créeme; pero los jornales se han puesto por las nubes y los materiales más allá. Con esto de las huelgas...

Carmela nada respondió, quedando en libertad para buscarse otra vivienda.

Lo intentó sin fruto; los alquileres subían en todos lados. Le fué preciso capitular con don Carlos y quedarse pagando el convenido aumento.

—Sebastián,—dijo Carmela al tocinerio—¿qué es lo que te debo?

—Voy á verlo... dos pesetas treinta céntimos.

—Cóbrate.

—Te sobran...

—No me devuelvas; voy á llevarme unas frioleras.

—Lo que quieras; tengo de todo, muy fresco y muy bueno.

—¿Esto á cómo?

—A ocho.

—Pues la otra vez me lo cobraste á seis.

—Es verdad, pero ahora lo vendo á ocho.

—Y ese encarecimiento, ¿por qué?

—Me han subido el alquiler del puesto, y tú comprenderas que estoy aquí para algo más que para contemplar vuestras lindas caras.

Carmela se llevó menos de lo que pensaba, por motivo del encarecimiento. Le fué inútil cambiar de tabla, porque en todas se había subido el precio, y la repuesta que le daban era la misma; se nos ha subido los puestos.

El capital se le iba mermando; las seis pesetas de aumento en el jornal de su Antonio se le iban quedando á jirones aquí y allá, como los vuelos de un manto á quien anda entre zarzales.

—No puedo pasarme sin las botas de Pedrito; ya hecho una desdicha con los pies por el suelo.

—Diga usted, maestro, ¿por estos zapatos cuánto?

—Dieciocho reales; ni un céntimo menos.

—Con doce están bien pagados.

—No, señora; se los pondré en dieciséis, porque es usted.

—Siempre costaron catorce.

—Esto era antes, pero ahora, los oficiales nos chupan y nos vemos negros para pagar sus exigencias. Desde la última huelga se han puesto imposibles.

—¿Quiere usted catorce?

—Lo siento, señora; tal vez la pueda servir otro día.

Carmela se dejó los zapatos en la percha.

Aquella música de la huelga, que le sonaba á música de ángeles en el *dindín* de las veintiuna pesetas, ahora que se la cantaba el casero, el tocinerio y el zapatero, le sonaba á horrisona cencerada.

Pedrito podría pasarse con unas alpargatas, pero Rosita necesitaba de precisión una faldita.

—Joven, ¿esta tela, á cómo?

—Por la lisonja, que agradezco, se la dejaré á veinticinco céntimos. ¿Cuántas varas le corto?

—Por ese precio ninguna; ¿la quiere usted á quince?

—Me la pagará á veinte. ¿Cuántas quiere?

—Hace pocos días era á quince, y no la pago á más.

—Tiene usted muchísima razón, pero desde la última huelga las fábricas han cargado las facturas con un 30 por 100. Si la quiere usted, le he dicho lo último.

Carmela se conformó por fuerza y pagó á la tienda el aumento de la huelga pasada.

—Carmela,—dijo Antonio—toma otras veintiuna pesetas. Vamos á estar como príncipes. ¡Oh, la huelga! La huelga es la redención de la clase obrera, como nos dice don Paco.

—Pues, hijo, yo no veo la bienandanza que don Paco dice, ni las ventajas de la huelga.

—Aquí las tienes, mujer ignorante; seis pesetas más por semana.

—¿Qué me importa el aumento del jornal, si desde el casero han aparecido todos invocan la huelga a recibir la vida? Vamos á estar si no peor, y el beneficio de huelga se ha vuelto humo de pajas.

Carmela tenía razón. Estamos en la sociedad organizados á manera de engranajes en una máquina de reloj. Cuanto más corren los unos más corren los otros; si los pequeños doblan su magnitud, han de doblarlo los segundos, y siempre la razón es igual á sí misma.

A.

Notas sueltas

Receta para curar cualquier desengaño, por grande que sea, y que contribuye mucho para conservar una perfecta salud.

Práctica.—Se toma libra y media de «sufimiento», cuarenta onzas de «conformidad», cincuenta de «paciencia» y ciento de «discreción».

Composición.—Todo lo dicho se pone en un puchero nuevo con dos cuartillos de agua de «resignación», y se cocerá muy bien al fuego de la «paciencia» hasta quedar en menos de la mitad; después se colocará por un lencecillo de «templanza», y mezclando veinte gotas de «desengaño» y otras tantas de «qué se me dá á mí», se batirá muy bien en la cuchara de la «razón» hasta quedar hecho un electuario de madura «reflexión».

Uso de la receta.—Luego que alguna persona se halle acometida de dicha «cavilación», tomará un par de cucharadas del citado electuario, desleídas con un cuartillo de «desahogo» y cogiendo el sombrero, tomará sin detención los polvos de la calle, y con mucha fe irá diciendo interiormente: Caramba, primero soy yo que nadie; lo cierto es que al que se muere lo entierran; lo mismo es aquí que en Flandes y atrás como en las espaldas; no hay cosa mejor que tomar el tiempo conforme viene; pesadumbres no quitan trampas; peor fuera no verlo.

Diciendo esto, se escupe largo para que salga el mal humor fuera... y es probado.

EL DR. EXPERIENCIA.

La tesis y la panza

Mi tesis: soy católico romano. Nadie al liberalismo le odia más; sé al dedillo la suma de Tomás. Y al pueblo doy ejemplos de cristiano. Más, como fuera mi porfía en vano, En pueblos que perdido ya el compás Avanzan sin volver la vista atrás Del mal por el camino amplio y galano, La hipótesis acepto, sin perjuicio De defender la tesis con coraje; Y tal maña me doy en el oficio, Que saco por igual honor y gaje: La tesis me hace sabio y me hace santo, Y yo chupo á la hipótesis en tanto.

SE RECOMIENDAN
LOS
GRANDES ALMACENES SAN JOSE
BRONDO * ESQUINA BORNE

Sastrenia, Camisería, Novedades para Señora y Caballero, Géneros de punto, Telas blancas, Pa-
 Sedería, Pañolería, Corbatería, Confecciones, Todo lo que se requiere para equipos de
PRECIO FIJO * * * * *

EL CLAMOR

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Un trimestre	1'00 Peseta	Número suelto	0'05 cénts.
Un año	4'00 id.	Id. atrasado	0'10 id.

PAGO ADELANTADO

Anuncios y Comunicados á precios convencionales

Palma de Mallorca

SINDICATO, 2 Á 10 ALMACENES MONTANER MILAGRO, 1 Á 11

Baratura por final de TEMPORADA

GRANDES REBAJAS en todas las secciones

PRECIOS SIN COMPETENCIA

¡Coleccionistas!

En la Calle de Palacio, núm. 27

encontrareis un extenso y variado surtido

en toda clase de

SELLOS PARA COLECCIONES

Palacio, 27-PALMA

¡La higiene ante todo!

Muchas de las enfermedades tienen por base la adulteración y falsificación de los alimentos

La salud exige una alimentación higiénica y nutritiva. Los Médicos en general prescriben á sanos y enfermos **LECHE PURA** como base de una buena nutrición.

¿Dónde encontrarla?

La lechería **LA PUREZA** de Jaime Cerdá Rotger, calle de Santa Clara esquina Pont y Vich (frente al Call) es la que sirve con esmero y garantía, pues no se expende sin haber sido antes analizada, y en las clases siguientes:

- Leche esterilizada especial para enfermos
- Leche pura garantizada de Yaca y Cabra (sin esterilizar)

Á 0'10 MEDIDA

Servicio de **LECHE CALIENTE Y CAFE CON LECHE** á todas horas

AVISO Á LOS CONSUMIDORES

Exigir á su servidumbre el sello del establecimiento con fecha corriente, que deberá ir pegado á todo envase como garantía de su procedencia, para evitar ser engañados como diariamente sucede.

AVISANDO SE SIRVE Á DOMICILIO

Este servicio irá también precintado con una etiqueta de la casa para garantizar la pureza del contenido de sus envases.

No confundirse: Calle de Sta. Clara esquina Pont y Vich, frente al Call